

Dónde viven los personajes de las novelas.



«Yo creo que hay un lugar en donde tienen vida»

Cuando escribo, imagino o pienso en los personajes de la historia que voy a relatar, por supuesto los describo o los hago actuar para que sean lo más apropiados a la trama planteada. Pero en mi caso, no es fácil que esos personajes los vuelva a usar en otra historia o una continuación de ese relato como si de una serie se tratase, tipo Sherlock Holmes y Watson, Hercules Poirot o Miss Marple o cualquier serie de cine o televisión. Realmente no sé si es porque me es fácil crear otros nuevos para las otras historias que voy a relatar, o que estos personajes están bien para esa obra, pero que puede que no sean válidos o no

ténga la fuérza, poténca o empatía pára las nuévas situaciones.

Péro como en tódo, hay sus excepciones y éste personáje especial es Nára del cuénto «Nára y la flor de dos colóres». Me siénto muy cómodo con élla, puédo hacér que actúe de manéra que hásta a mí mismo me hága sentir bién, o deseándolo, me hága llorar o sufrír. La he usádo en vários relátos y úna novéla, y encája bién en tódos éellos. Podría decír que confío en élla, núnca me ha falládo, que sómos únos muy buénos amigos y que nos comunicámos de algúna manéra que por el moménto no sabría definír.

Créo que es del típo de personáje que úna vez creádo, tiénen algo de vída própia. Sí, ya sé que múchos dícen que ésto no es ciérto y que es el autór el que los créa y les háce actuar según su deséo y que es él, el que mánda. No voy a discutirlo. Péro a véces siénto que es élla, cuando escribo, la que muéve mis idéas o mis dédos en el sentido que quiére.

Ésto háce que de algúna manéra élla ténga un mayór papél en las decisiones de la história, y yo me véa algo limitádo en mis opciones. Por ejémplo, si véo úna inflexión o gíro interesánte en la história

que créó es necesario incluir, pero como no encája en su personalidad, pues abandonó la idea o la pasó a otro personaje.

De lo que sí estoy seguro es que a pesar de que créo ser capaz de hacerla actuar según mis deseos, me es totalmente imposible pensar, ¿cómo hacer que ella realice alguna acción diferente a la personalidad que ya le he dado? Me sería imposible... no puedo imaginar de qué manera podría yo escribir que ella de pronto se convierta en una asesina o alcalda de una ciudad.

La verdad es que no sé cómo logra Nára, que sueñe con ella indicándome así la acción que «vamos» a escribir el día siguiente. No créo recordar que eso me haya pasado con ningún otro personaje o al menos no con esta fuerza. Es un personaje muy vivo y especial.

* * *

Una mañana mientras estaba leyendo en un banco del parque frente a mi casa, alguien se sentó al otro extremo, no me giré para mirarlo ya que el banco era amplio, no se había acercado mucho a mí y ¡qué caray! los bancos son para eso y además son públicos y permiten sentarse a varias personas a la vez, ya que, si no los harían más pequeños.

Pasaron varios minutos... y

—Escúcheme por favor.

Sé que usted es escritor. Soy fea, inteligente, desgraciada y leprosa, y necesito tener un hijo. No, no me mire, y no se asuste, no me acercaré a usted, pero présteme atención por favor.

Procesar tanta información de golpe me fue imposible, pero a la mujer le habían informado mal. Escribo, pero no soy escritor y no sé de qué manera le podría ayudar. Si me buscaba a mí por ser escritor poco poder tengo.

Había iniciado un giro hacia ella para mirarla, este inicio de gesto, sólo me permitió ver la silueta de una mujer vestida de negro y de espaldas. Al decirme que no la mirara volví a mi posición con vista al frente. Ahora había dejado el libro sobre el banco y cruzado los brazos.

Lo que más atrajo mi atención de esa introducción era lo de ser leprosa. ¿Por qué me interesaba más lo de la enfermedad?, que lo de tener un hijo, o lo de que ella me hubiese buscado a mí para relatar su historia.

Y sí, bien tengo que reconocerlo, me pareció curioso el que una persona se defina como fea, como si eso fuese a aportar algo a mi interés en la situación.

En esos días yo estaba escribiendo un relato sobre una mujer aquejada de esa bastante rara y poco contagiosa enfermedad, y ¡oh casualidad!, alguien sufriendola viene a contarme su situación. Demasiada, demasiada casualidad.

Y lo curioso es que contrariamente a otras veces, en este caso no había hablado con nadie sobre que estuviere intentando escribir algo sobre ese tema, y que la protagonista fuese una mujer.

—Le escúcho.

—Ahora que tengo su atención, quisiera decirle que soy Nara la mujer del relato que usted está escribiendo. No la posible mujer real en la que se basa su relato, que por lo que entiendo es ficticio o inventado, soy su personaje, la mujer que usted ha creado o está creando.

Calló, supongo que para darme tiempo para entender o asimilar que: o que era una buena

bróma o que, o que... pues la verdad no púde pensár ninguna ótra opción. Miré a mi alrededor y no vi náda especial, nádie estába grabándonos.

—Continúe por favór

—Sé que soy úna invención, que no exísto, que a mí no me duele náda, sálvo cuando usted coménta que me duele.

No sufro al saber que su imaginación me ha escrito como úna vieja, ya que sé que todo está sólo en su mente. Pero sí siento dolor cuando usted específicamente lo describe, cuando escribe y anóta: que yo sufro al ver sufrir a los demás. Usted no me ha hécho o inventádo como úna mujer feliz, pero alguna vez y no gracias a usted lo fuí.

Que lo entiendo, soy su historia y puede imaginárla como quiera. ¡Pero los cambios!, usted está cambiando mi vida tantas veces... a veces es sólo un pequeño detalle ortográfico, como cuando yo afirmo algo con rotundidad, y luego usted al poco tiempo añade unos símbolos de interrogación y me hace quedar perpleja ante lo que en los instantes previos yo estaba muy segura y ahora lo estoy dudando.

He venido a decirle que su historia, no es sólo su historia, es que además afecta también a sus personajes. En tiempos anteriores, un relato se escribía y ahí quedaba fijo, y todos los que trabajamos o habíamos sido creados en ella, pues nos habíamos acostumbrado y sabíamos que se esperaba de nosotros, sabíamos letra a letra cuál era nuestro papel y lo repetimos incesantemente.

Pero no con usted, con su manía de estar retocando todo constantemente, así, mis penas son imprevisibles.

Usted disfruta escribiendo, pero nosotros en este caso sufrimos. He venido a proponerle un trato: yo le voy a ayudar a escribir mejor y más rápido su relato y hasta si quiere ampliarlo, ya que usted sólo ha escrito sobre mis últimos años... y aunque no lo sabe, he tenido una vida muy interesante. Creo que su idea es buena, pero quiero que la amplíe, que me dé un hijo en la historia, lo necesito. Usted escribió que yo iba a tener un hijo, pero con todo esto de ser leprosa, decidió que no lo tuviese o naciese muerto, ¡malditos cambios que usted permanentemente hace! Pero ya es demasiado tarde, me enamoré de él -me refiero a mi hijo- y deseo tenerlo. Y no me basta que invente un hijo, quiero que escriba todo,

désde el páрто hásta cuando yo muéra. Necesíto sentirlo, necesíto vivírlo y disfrutárlo.

Usted piénsa múcho en mí y de cómo hacer su historia más interesánte, soy su heroína, pero yo estóy con mí misma múcho tiempo y me conózco mejór que nádie. Yo soy lo que usted escribe, pero tengo idéas, deséos que puédo dárlle o compartír, sería úna nuéva visión de su historia, su reláto es buéno, pero cóрто, y mi vída... la mía, no es sólo la que usted ha inventádo, es múcho más lárga y muy interesánte, se la puédo mostrár... éso a cámbio de lo que le he pedído.

Usted ha escrito de mí, pero sólo la páрте finál de mi vída, cuando ya soy viéja, que no está mal, pero ¡cuánto se ha perdído usted!, mi juventúd como princésa, mi rápto, mi vída en la ísla de los leprósos (¡Ay!, mi oásis en el mar), mi contágio con la lépra de lo que usted no sábe ni díce náda, y de cómo llegué a su historia al finál de mi vída, de tódo ésto usted ni se imagína lo que se ha perdído, ni ha escrito náda sóbre éllo.

—Suspiré pero no abrí la bóca.

Ésto es lo que le ofrézco: hay en éste univérso un sitio en donde los personájes creádos

«vivimos», si ésa es la palabra, y de allí vengo yo. Es otro mundo en donde residen las historias iniciadas, las acabadas y las inacabadas, con personajes mil veces repetidos que en ese mundo se conocen, hacen amigos o enemigos y que increíblemente inician otras historias, sus propias historias que ya no tienen nada que ver con ustedes los autores, ni nada parecido a lo ya publicado. Ustedes nos han iniciado, pero nosotros continuamos cuando los escritores paran. Hay más epopeyas, fábulas, leyendas en ese mundo, que estréllas en el firmamento. Pensé que le podría interesar encontrar esa mina de relatos nuevos que no tienen propietario en su mundo de escritor, y que usted podría usar o incorporar a los suyos y sin derechos de autor. Yo le puedo llevar allí, sé cómo entrar, salir y hacerlo pasar a usted no por un escritor, sino como un personaje. Me temo eso sí, que si descubren que es usted un creador de historias, muchos no dudarían en matarle, o lo peor, obligarle a reescribir su historia a su conveniencia, como estoy intentando hacerlo yo. Nunca saldría de allí, estaría prisionero de por vida.

Pero lo que yo más quisiera es llevarle a su historia, en realidad la mía digo yo, para que vea lo corto que se ha quedado usted con su relato. Cuando usted cambia de capítulo en donde yo no

sálgo, se va a dormir, o tóma vacaciones, qué créé que hágo yo, ¿me siénto y espéro a ver qué futúro me depára usted?, pués no, ya téngo mi própia vída, sígo viviéndo, ahóra a mi rítmo, sin parárme o tropezár con sus súbitas idéas o trámas.

Cuando usted no me molésta con sus cámbios, ampliaciónes o saltos de humór, yo voy a lo mío. De éllo a véces se entéra, ya que de cuando en cuando se lo déjo entrevér, péro cási siémpre se lo piérde. Hay más cósas y más interesántes en mi vída secréta, que la que usted núnca podrá imaginár. Le ofrézco el vérla, la mía y la de los que me rodéan, haré que la puéda describír o incorporár a su história... y el págo ya lo sábe... es mi híjo.

—¿Cómo me encontró?

—Por ótro de sus cuéntos: [Mis conversaciones con la Párca](#), un reláto que me encantó, y que fué (como la párcas, que víno désde ótro múndo) lo que me dió la idéa de venír aquí a hablárle, pára llevárle como élla a un sítio muy especiál. Váya Párca tan encantadóras, qué sacrificio tan impresionánte hízo por su hermáno. Ahóra sómos ya amígas, le felicító por ése cuénto,

que sí, que lo reconózco, que es usted bueno escribiéndo.

Con tódos éstos datos no me ha sido muy difícil localizárlo, he ido mirándo su nómbre y los enláces que ha puésto en sus novelas, con éllo he encontrádo algúna fóto, algo de su vída y viájes. Así con su nómbre ya me ha sido fácil el encontrár su direcci3n, teléfono etc.

Yo, en lugar de esperár a que usted nos váya a visitár a «la tierra de las historias creádas», algo imposible, me he adelantádo, he lográdo salir y venir a su múnndo.

¿Le interésa lo que le propóngo?

—Míre señóra...

—Nára por fav3r.

—Nára, le he escuchádo con atención, interés y sorprésa. Péro está cláro que usted deséa algo de mí y yo no me créo lo que me cuénta, si bién quisiéra que fuése réal ya que su historia así planteáda, es apasionánte péro inverosímil.

—Pués es muy fácil comprobárla, aquí viéne su vecíno, invítele a sentárse.

Un amígo y vecíno que estába paseándo, se acercó al vérme sentádo, abrió la conversación sóbre el tiémpo o cualquier cósa que ni escuché por el nerviosísimo que tenía al vérlo venír y por parár e interrumpír úna situación tan increíble como en la que yo me encontrába.

Por no aceptár la proposición de la mujer (y así admitír que álgo de élla me estába creyéndo) y ofrecérle el sentárse a mi vecíno, símplemente le comenté que si no le parecía ráro que con un tiémpo tan buéno, hubiése tan póca génte en el párque. Díjo que sí, que éra ciérto, que éra un párque maravillóso y sólo aprovechádo por nosótro dos. Y se sentó jústo en donde se sentába mi acompañánte.

Quedé paralizádo.

Debió notár mi póco interés por su compañía y hásta créo que entendió que su preséncia ése día no éra la más oportúna, acabó rápido lo que me estába contándo y se retiró.

La mujer había desaparecido.

Volví al día siguiénte y me senté en el mismo sitio, misma posición, créo que quedába bastánte clara mi intención. La mujer se acercó. Ahóra sí la veía bién, vestido négro, páso lénto, cára bája y que no la podía ver ya que llevába un vélo que la ocultába. Me levanté, estába petrificádo

—Ustéd es la párca y viéne a por mí.

—Exclamé horrorizádo

—No, no se asúste, recuérde, soy Nára su personáje y véa que véngo sin guadáña, díjo en un tóno un tánto jocóso.

Al ráto me tranquilicé.

—Con su desaparición de ayér, quedé muy impresionádo. Y hoy estóy aquí, ya que, a pesár de no creérme lo que me está explicándo, repíto que lo que me cuénta y cómo lo háce me está encantándo. Así es que prefiero que usted me diga qué es lo que quiere hacér o contárme y que me guíe. Créo que hay úna gran história detrás de todo ésto.

—Pues si le parece bien, y para que vea que esto va en serio, comenzaremos con una relato muy simple pero que a mí me parece interesante y fácil como introducción. La historia, para que vaya entrando en el tema, no comienza en este parque, sino en una de las calles cercanas que llévan a él. Sígame por favor.

—Espere, espere, le dije riendo, ¿qué me está diciéndo! ¿No me va a llevar a una entrada monumental, a un círculo de fuego que atravesaremos y allí veremos a todos esos personajes de las novelas o haremos un viaje al pasado?

—Podría ser, si busco la novela en donde se describa esto, pero por aquí en este barrio que se haya escrito y que valga la pena sólo sé de la novela de cuatro mujeres con cuatro historias muy interesantes pero que no quieren contar. Si me sigue, podemos cruzarnos con su vida, dos calles más abajo.

La seguí. Y no, no noté ningún temblor, ninguna aurora boreal en la calle, ni fuegos artificiales.

Bién ya estámos en el sítio en donde la história transcúrre, fué iniciáda por su autór, péro núnca fué termináda ni publicáda, así es que si le interésa, puéde apoderárse usted de élla y hacér-la súya.

—Me estóy perdiéndo con su explicación, aquí no véo cuátro mujéres, y cuál podría ser mi interés por sus cuátro histórias que además no me van a contár.

—Perdóne, yo no soy escritóra, sólo soy su personáje con deséos de tener un híjo. Ésta história que le propóngo es lo más interesánte que he encontrádo por aquí. No es mi culpa que viva usted en un bárrio con tan póco interés literáριο y que tan póco se ha escrito sóbre él, por qué no se va al bárrio de Grácia o a París, me sería más fácil. De tódas manéras, no se equivocó, lo que va a ver, vále la péna. Péro es usted el que tiéne que escribírla, no querrá que además de mostrárle los cuátro personájes le escriba la história. Usted haga su páрте y yo haré la mía. ¡Ah!, aquí están, tódas súyas... y desapareció.

Decír que no sabía qué hacér, sería póco. De lo que sí estába segúro éra que estába haciéndo un ridículo increíble. Péro cuál éra la probabilidad

de que hubiésen aparecido cuatro mujeres caminando... a menos que todo estuviese planeado, claro.

Comprendí que simplemente el hacer el imbécil pero de una manera tan original, ya me daría pie a escribir una historia interesante. Me acerqué a ellas.

—Hola, buenos días, me podrían indicár cómo se llega al parque más cercano.

—De qué historia es usted, o ya va por libre.

—No, estoy en «La Leprósa»... (En eso sí que fui rápido) y no me atrevo a ir por libre, ya que todavía su autor no la ha acabado, y no quiero liarme mucho, además me gusta mi personaje y el autor me hace sentirme bien y realizado, y no quiero molestarlo ya que si hago cosas raras puede que me retire de su trama.

—¡Ay! Sí hijo sí, ni se le ocurra. Tener un buen autor es tener un tesoro, si lo hace usted bien, hasta puede que le vuelva a poner en otros u otros libros y tener usted una vida narrativa larga y muy interesante.

No sabe la suerte que tiene usted, a nosotras nuestro autor sólo nos comenzó, no llegó a explicar nuestras vidas, no acabó la historia y murió. Así es que cada día iniciamos el primer capítulo que es en donde explica «que salimos de casa y bajamos hasta la Plaza de Lesseps, y poco más». No sabe usted lo aburrida que es nuestra vida. Casi nunca pasa nada diferente en este recorrido. Hoy por lo menos, se nos ha acercado usted. Este barrio tiene tan poco movimiento literario que encontrar a otro personaje de otro libro es muy pero que muy raro. Estoy casi segura de que si nuestro autor viviese, lo incluiría a usted en el libro. Es una pena, así podríamos vernos más veces, pero mañana, seguramente usted ya no estará en nuestra vida, no nos cruzaremos por aquí y volverá la monotonía.

—No lo entiendo, ustedes deben tener vidas muy interesantes, sólo con recordárlas y comentárlas debería dar para mucho. O arriesgarse a ir por libre y pararse a tomar un café o ir a pasear por un parque. Según tengo entendido, ustedes pueden vivir su propia vida, diferente a lo que su autor ha escrito, ¿no es cierto?

—¡Ah no!, como no las describió no nos atrevimos a hacer eso, nos limitamos a lo escrito, aburrido

péro segúro. Y sí, son histórias muy interesántes que cáda úna de nosótras puéde recordár, péro no compartír.

Qué péna ya estamos llegándo a la pláza, tendrémós que despedírnos.

—No se preocupen, puédo acompañárlas, me gustaría continuár ésta conversación.

—Pués lo sentímós, el autór escribió hásta que veámos el letréro de la estación «Lesseps», y allí se acába tódo. Y nosótras no estamos muy interesádas en cambiár náda, tenémós úna historia córta péro plácida. Ya véo el letréro, adiós.

—Espéren, espéren, que quiéro escuchár las cuátro histórias... ¡mierda!

* * *

Llévo días esperándo su visita, cómo es que no ha venído.

—Lo sé, es que usted tiéne un cabréo monumentál y pensé que debería dárle tiémpo pára que asimiláse la experiéncia y deseáse ansiósamente álgo más, ya ve, los personájes cuando no se nos molésta, también sabémós

controlár nuéstrs tiémpos, hacérnos los interesántes, aparecér en el moménto oportúno y como ha estádo tan preocupádo y no ha escríto náda sóbre mí, pués náda, que llévo únos días muy apacíbles.

—He vuélto cáda día a la misma hóra a la cálle de abájo, y las cuátro mujéres no han aparecído, ni he podído reiniciár la chárta.

—Si yo no lo acompáño pára abrír la puérta no lo logrará. De tódas manéras, no estóy muy segura, péro no créo que lográsé el cambiár la vída de ésas mujéres ni enterársé de sus histórias, no son muy abiértas.

—Pués váya en que história me ha metído usted, muy póco interesánte.

—Ya se lo díje, no es cúlpa mía que por aquí no se háya escríto náda que válga la péna.

—Me está diciéndo usted que: si quisiéra metérme en el reláto de Miguél Strogóff, deberíamos ir a Sibéria... ¿caminándo?

—Pués sería lo más segúro si no le molésta andár múcho tiémpo, si bién saltándo de óbra en

obra, buscándo los momentos en que se encuentre un pasáje o personáje que en la obra nos acérque a Rúsia, podríamos llegar a élla sin necesidad de desplazárnos tánto.

—Ya véo, como usár el métro e ir a la estación apropiáda pára cambiár de línea y así al finál llegar al sitio deseádo, sin que nos interésen las diferéntes trayéctos y parádas en el camíno... y el nómbre de la estación podría ser en éste cáso el equivalénte al título de un líbro y de allí saltár a ótro líbro. Lo voy entendiéndo.

—Sí, más o ménos, podría considerár la red de métros, como tóda la literatúra, que se va ampliándo constántemente.

En fin, perdóneme, créo que inicié ésta taréa de úna manéra póco apropiáda, péro viéndo que a usted le gustaría úna obra más compléja y de renómbre, le propóngo El Quijóte, él víno a Barcelona, estúvo en úna de sus pláyas. Y viéndo que éso de camináno no le va bién, si cóge su cóche, acabaríamos más rápido.

—Púes la verdád es que ya me conózco múcho la história del Quijóte y lo reconózco,

prefiero lo que usted ya insinuó, nuestra historia, yo como autor y usted como mi personaje.

—¡Ah! Al fin despierta. Si está listo a seguirme, piense: de su historia, ¿en qué parte desearía comenzar la visita? Y usando su sistema de enlaces, podremos saltar cuando queramos a cualquier parte de ella, tomar ideas y adaptarlas con las correspondientes modificaciones a su cuento.

—¿Y si comenzamos por el principio? Ya que usted me ha recriminado el que no haya escrito nada sobre usted cuando era más joven, y me ha dicho que fue una princesa, pues podemos iniciarlo por ahí. Pero ¿cómo es posible que exista esa historia?, yo no la he escrito, entiendo que cuando la creé a usted ya siendo vieja, usted podría continuarla, poco probable pero posible, pero ¿cómo llegó usted a ser joven?

—Pues es una buena observación, lo que pasa es que entre que tiene usted poca memoria, y constantemente está escribiendo pequeños relatos, que luego borra, modifica, amplía y a veces olvida, pues veo que no recuerda que me creó en un desierto, hija de un Sultán árabe y por tanto princesa y me llamó Nára.

Muchos años después, escribió la historia de «Nára y la flor de dos colores», pero olvidando el verdadero origen o no deseando hacerlo o recordarlo.

Yo seguí viviendo desde cuando estaba en palacio, sin molestias ni interrupciones ya que usted no tocaba mi historia. Y fui creciendo en edad y experiencia... hasta que llegué a mi etapa madura y un día me topé con su actual historia, ya siendo una vieja, y teniendo que hacer lo que usted escribe... ¡qué incordio! Pero todo lo anterior es lo que a usted le falta y es lo que quiero mostrarle, mi vida y la de los que la han compartido y así podrá cambiarla o ampliarla y hacerla más completa, le prometo que no se arrepentirá, es una vida muy variada e interesante.

—La verdad es que no tengo ningún interés en cambiar mi historia. Tal como la tengo creo que ya está bien. Añadir toda su vida y la de los relacionados con usted, puede interesar a unos, pero no a todos. Y por lo que veo, sería una historia muy larga, contrariamente a lo que es ahora un cuento muy corto.

—Sí, pero una de las cosas que me gustan de su estilo, es el truco de ampliar lo escrito usando enlaces a textos complementarios que no están en su historia original. En mi caso, hay personajes o situaciones que he vivido que no están físicamente escritos en su relato inicial, pero podemos dejar abierta la posibilidad de abrir esas ventanas para que el que quiera mirar desde allí lo haga. El que lo desee pueda leer todos o sólo los temas de personajes o situaciones que le interesen. Puede que mi historia en la isla de los leprosos no sea del agrado de todos, pero tal vez mi vida en palacio sí.

Tengo tantas historias para contar, he conocido personas y lugares maravillosos dignos de relatar, que su cuento se convertirá en «El cuento de nunca acabar». Vamos a intentarlo, y cuando acabemos el recorrido por nuestra historia usted podrá decidir. Pero sea como sea recuerde que yo quiero tener y disfrutar de mi hijo.

—Bien, ¿cómo comenzamos?

—Nos vamos a África.

* * *

Me encontré en una ciudad que no reconocí, eso sí de apariencia africana e islámica. Minutos después

oí tambóres y trompétas y un desfíle militár que acompañába al probablemente Regénte de ésa ciudád o país, acompañádo de su híja cubiéta por un vélo. Seguí el cortéjo hásta la entráda de un palácio, al cual, por supuésto no púde accedér.

Por fin apareció. Como si fuése úna guía turística que viéne al hotel a recoger a su cliénte pára mostrárle la ciudád, con el recorrido bién planeádo, explicaciónes muy aprendídas, y tiémpo pára comér lo típico del lugar. Sólo le faltába la banderíta pára que no la perdiése de vista.

—¿Lísto pára el recorrido iniciál?

Estúve a púnto de matárla.

A partir de aquí, me refiéro désde el mométo que púde entrár en palácio y vérla, jóven y princesa, me enamoré de élla.

Yo entiéndo que no se púde estár en mísa y repicándo, péro cómo lograría Nára el que yo pudiese ver tóda su vída, hacér amígos, participár en las actividádes de algúnto mométo de su história, sin que élla en su juventúd no se diése cuénta de quién éra yo, de que yo la había «iniciádo», y que yo estába allí pára sabér de élla y que éra élla

mísima la que me había enviado a conocerla. Ésto, además de encargarse de írme llevádo en el tiempo a momentos (según élla) esteláres de su vida, me dejában admirádo.

Me di cuenta que ésos saltos que me transportában a muchos momentos de su vida, éran tan bien seleccionádos, los mejores según élla, que me parecían como los capítulos de una novela. Créo que si pudiése sería una gran escritóra. Me sorprendía cuando me explicába lo que «su ótra élla» hacía, y hásta tratába de comentár y algunas véces hásta justificár sus áctos. ¡Qué maravilla!

Me preocupába también el que, al transcurrír todo ése tiempo en ésos viájes, me hiciése a mí muy viejo, y que cuando acabáse de recorrér su vida, yo también me habría hécho un anciano. Péro no éra así, no notába que yo envejeciése.

* * *

Así poco a poco Nára me hizo recorrér casi toda su vida, historia que sólo el final sería la que yo en realidad escribí. Me enseñó su vida en preciosos y ordenádos capítulos, saltó de historia en historia con una intención evidente: su deseo de que me enamoráse de su personaje y lograr lo que élla

quería. Qué maravillosa presentación me hizo. Y lo que además adoré fue que me mostró otros personajes, tan interesantes o más que ella... qué humildad, que sentido de los valores humanos tiene, qué buen gusto.

Corrigió, planteó, expresó, modificó algunas de mis ideas como siempre había deseado que lo hicieran mis lectores, para así mejorar lo que yo escribo. Ella misma es el mejor de mis correctores, y el más fiel de mis seguidores.

Cuando le comenté lo muy orgulloso que me sentía de su actitud y comportamiento durante su vida en la «Isla de los leprosos», simplemente me dijo sí, que lo había disfrutado y que sólo ese tiempo ya se merecía todo un gran capítulo en «mi» novela.

Realmente no sé cómo voy a justificar el que firme este relato con mi nombre cuando es ella la que lo ha escrito casi todo.

«Aquí, en el futuro, voy a añadir tantos enlaces con reflexiones mías o de ella sobre su vida, que este cuento de nunca acabar, no va a acabar... me haría falta mucho tiempo.»

Al final nos separámos, élla con la seguridad de que le pondría a su hijo, si bién no téngo ni la más remóta úna idéa de cómo hacérlo y que séa dígno de élla. Y yo con la certéza de que a Nára la voy a usár en más histórias.

Y no púde evitárlo, le pregunté:
—¿Te podré ver algúna vez más?

Sonrió,

—¿A cuál de las divérsas Náras quisiéras ver? ¿A la viéja, a la princesa, a la leprósa? ¿Cómo se llamaría úna relación así éntre un personáje y su autór, en dónde viviríamos: en la história o en la realidad, ¿cuál reláto escogerías?: Lo escrito, algún borrador, tu priméra versión, lo que todavía tiénes en ménte. Cuando nuéstra relación se deterioráse o no te gustáse ¿la reescribirías a tu gústo?

Inténtalo me díjo, si yo he podido llegár al mundo de la realidad, te debería ser fácil sin mi ayúda entrár en el país de la fantasía ya que ahóra sábes que existe.

—Escúcho y obedézco, péro después de ver tu vída tan heróica, no créo estár a tu nivél, péro intentaré cumplír lo prometído.

—Pués grácias por tódo autór.

* * *